

El Parque Nacional Torres del Paine, declarado reserva de la biosfera, es un auténtico centro de peregrinación para los viajeros que buscan montañas, lagos y glaciares. De su conjunto destacan sus fotogénicos Cuernos y las espigadas Torres.

PATAGONIA Y ATACAMA

Del HIELO al FUEGO

Están considerados, y con razón, dos de los rincones más bellos de Chile. Prepárate a experimentar la fuerza de sus paisajes

TEXTO EVA MADRUGA | FOTOGRAFÍAS MATT MUNRO / LONELY PLANET IMAGES



El Parque Nacional Torres del Paine es uno de los lugares con menos contaminación del planeta

ARRIBA Panorámica tomada desde el ascenso al mirador Cóndor, uno de los lugares que ofrece la mejor vista del macizo del Paine, con los Cuernos de granito al fondo, emergiendo del turquesa lago Pehóe DEBAJO Imagen del Hotel Salto Chico de Explora, ubicado dentro del parque, a orillas de la caída de agua Salto Chico. Desde aquí se obtiene una bella instantánea de dos de las tres Torres del Paine

El deseo de todo país, al menos turísticamente hablando, es ser reconocido como único y distinto. Chile puede presumir de serlo. El chileno Benjamín Subercaseaux, escritor, investigador y Premio Nacional de Literatura en 1967, captó perfectamente la esencia de esta singularidad en su libro *Chile o una loca geografía*. Ahí expresó que su país natal, “contrariamente a otros países, posee una geografía que supera el sentimiento nacional del pueblo que lo habita”.

Está claro que el territorio chileno tiene muchas peculiaridades, por nombrar dos: su rara condición de tricontinentalidad, ya que posee territorios en tres continentes: América, Antártida y Oceanía, y que sea un país largo —4.329 kilómetros para ser exactos— y estrecho —entre los 90 y los 470 kilómetros de ancho—. Pero, además, tiene la suerte de contar con la afortunada unión de paisajes y climas opuestos que han

hecho de él un país lleno de diversidad. Todo un despliegue de maravillas naturales que comienza con el desierto más árido del mundo y termina en glaciares y estrechos que juntan océanos. Y en medio, valles, lagos, bosques, ríos, playas y volcanes. No es fácil elegir entre tanto contraste orográfico.

Decido que una buena forma de conocer el código genético de Chile es viajar a dos lugares aparentemente contrarios: el Parque Nacional Torres del Paine, en la Patagonia sur chilena, y el desierto de Atacama, en el norte del país. Porque a pesar de las diferencias, ambos territorios son parecidos en cuanto que cada uno, a su manera, representa la opulencia de la naturaleza. Pocas experiencias son tan gratificantes para el viajero como admirar gigantescos glaciares o contemplar uno de los cielos más claros del planeta.

Acceder a la Patagonia desde España exige un largo viaje. Recorrer más de 12.000 kilómetros en el siglo XXI nada

tiene que ver —afortunadamente— con el viaje que hizo Magallanes para descubrir este territorio en 1520. Hoy todo es mucho más cómodo y rápido. Los viajeros ya no hablamos de distancia cuando relatamos nuestros periplos. Ahora casi siempre nos referimos al tiempo que nos lleva ir de un destino a otro. Hemos dejado de desplazarnos a una velocidad casi humana. Lo que no ha cambiado es la percepción que de este recóndito lugar tienen las personas.

FANTASÍA Y REALIDAD

Al nombrar Patagonia muchos pensamos en un lugar remoto, el fin del mundo, lo más al sur que podemos ir sin salirnos del planeta. Bruce Chatwin plasmó magníficamente lo que evocaba este nombre en el libro que escribió con Paul Theroux, *Retorno a la Patagonia*: “La palabra Patagonia, como Mandalay o Tombuctú, se instaló en la imaginación occidental como metáfora del *final*, el punto más allá del cual nadie





Las montañas escarpadas comparten escenario con ríos, lagos y cascadas como la que se encuentra en el río Paine, en el sector de Laguna Amarga, desde donde se observan las Torres

podía ir”. ¿Por qué escoger un lugar tan apartado del mundo para ir?, ¿cuál puede ser el atractivo? En el siglo XIX Lady Florence Dixie, que formó parte del primer grupo de viajeros que llegó a tierras patagónicas, explicaba las razones que la impulsaron a emprender esa travesía: “Lo escogí precisamente porque era un lugar exótico y lejano”, y añadía: “Hastada momentáneamente de la civilización y su entorno, quería escapar a algún lugar donde pudiera estar tan alejada de ella como fuera posible”.

Hoy en día, más de 130 años después de aquel primer viaje, los que llegamos hasta este territorio, ubicado en la latitud 51° –la misma que Londres, pero en el hemisferio sur–, lo hacemos por diferentes razones. Algunos como Chatwin y Theroux, conmovidos por la visión literaria de la Patagonia. Otros, para experimentar el clima extremo del confín austral. Muchos, movidos por un espíritu montañero. Los hay que van en busca de los mitos del fin del mundo, de ese país de gigantes y tierra del diablo.

Yo voy obteniendo mis motivos a medida que descubro lo que ocultan los glaciares, las montañas de granito, los lagos de aguamarina, esmeralda, turquesa y lapislázuli del Parque

Nacional Torres del Paine, el lugar exacto al que me dirijo, y uno de los atractivos turísticos más importantes de la Patagonia sur chilena.

REFUGIO DE NATURALEZA

Llegar hasta este enclave, ubicado en la región de Magallanes y Antártica Chilena –la más austral de las quince regiones en las que se encuentra dividido Chile–, no es complicado. Es fácilmente accesible, pero se hace largo. El viaje en avión desde Madrid hasta Santiago de Chile (vía São Paulo) me lleva 17 horas, a las que tengo que sumar cuatro horas más de avión para llegar a la ciudad puerta de entrada a la Patagonia chilena: Punta Arenas. Una vez en tierra firme, pongo rumbo en coche hacia el parque por una carretera que me hizo recordar a la *road movie Historias mínimas*, de Carlos Sorín.

Al igual que en la película –aunque ésta transcurre en la Patagonia argentina– el paisaje que contemplo es frágil, monótono a ratos, muy parecido a la sensación que relataba Theroux: “Y cuando, al cabo del largo viaje, llegué a la Patagonia, me sentí en ninguna parte. Aún más sorprendente: parecía seguir todavía en este mundo. Había estado viajando hacia el

sur durante meses. El paisaje mostraba una estampa desoladora; pero no se podía negar que tenía detalles de interés y que yo existía en él. Su imagen fue todo un descubrimiento. Pensé: ninguna parte es un lugar”.

Esta profunda nada no hace presagiar lo que espera al final del trayecto: un mundo mágico de espacios gigantescos, cielos impactantes, ilimitada naturaleza donde se mezclan bosques, fauna diversa y sorprendentes campos de hielos milenarios. El Parque Nacional Torres del Paine es un goce para los sentidos. Tiene 242.242 hectáreas de montañas y bosques, con una altitud que va desde los 200 metros hasta los 3.050 del Paine Grande, y ha sido declarado reserva de la biosfera por la Unesco. Entre sus principales atractivos hay que destacar que cuenta con una densidad de población de apenas 1,9 habitantes por kilómetro cuadrado; una variedad botánica y zoológica; la belleza de sus famosas montañas, como los Cuernos y las Torres, lagos y glaciares, y los desafíos que plantean sus cumbres a los mejores escaladores del mundo. Por todo ello es un escenario de ensueño tanto para naturalistas y alpinistas, como para los que sólo buscan un encuentro con la naturaleza más imponente. Por eso

no es de extrañar que se haya convertido en un centro de peregrinación mundial de viajeros –cada año llegan unos doscientos mil–, y esté reconocido como uno de los lugares más bellos y sin contaminación del planeta.

No dejo de experimentar sensaciones desde que llego a esta obra de ingeniería natural. La primera, todavía desde el coche, desde la portería Sarmiento, al divisar la majestuosidad del macizo del Paine con sus imponentes Torres. La segunda, nada más poner los pies en este territorio, concretamente en la cascada Salto Chico –un escenario potente, donde se encuentra el hotel de la compañía Explora, el único de cinco estrellas ubicado dentro del parque–, al contemplar un guanaco que me regala su presencia. Son unos mamíferos de la familia de las llamas, aunque con menos pelo y un poco más pequeños. La siguiente impresión me la llevo al descubrir que desde mi habitación, a través de un amplio ventanal, puedo disfrutar de la vista de los Cuernos del Paine y, detrás, casi escondidas, sus Torres, que se elevan a más de 2.800 metros de altura sobre la estepa patagónica. De noche, con luna llena, me parece un espectáculo maravilloso. Pero, más todavía al amanecer. En esta latitud los rayos

como guía del Hotel Salto Chico, de Explora. Como buena conocedora del lugar me cuenta que hay muchos recorridos para explorar el parque: “Uno de los más conocidos y de los mejores para descubrirlo es el Circuito Paine, que da la vuelta al macizo Paine. Su duración oscila entre los 7 y los 10 días y transita por etapas de media montaña que ascienden a los 1.400 metros de altitud, pasando por ríos, lagos y glaciares, como el Grey”. Yo, que tengo alma de montañera pero no forma física, opto por realizar la conocida como caminata al glaciar Grey. Una excursión de día completo y que incluye un *trekking* de cinco horas.

A las nueve de la mañana salgo con Natalia en lancha hasta el refugio Pehóé. “La Patagonia no se visita, se recorre”, me cuenta sonriendo, advirtiéndome de que a partir de ese momento vamos a empezar a hacer ejercicio. Así es. Caminamos durante unas cuatro horas hasta llegar al refugio Grey. La marcha, relativamente suave, me permite disfrutar de vistas espectaculares del macizo del Paine Grande, el Cordón Olgún, la cordillera de los Andes, los campos de hielo sur, los témpanos en el lago Grey y el glaciar Grey. Además, debido a una aparente ausencia de horizontes, logro sumergirme en el tiempo. También me ayuda mucho que los celulares –como

los chilenos llaman a los móviles– no tienen casi cobertura en el parque, por lo que resulta muy fácil desconectar y disfrutar de uno de los lugares más impresionantes del planeta. “Aunque la postal por excelencia del parque son las Torres del Paine, aquí hay también frondosos bosques milenarios de lenga, con sus troncos



SOBRE ESTAS LÍNEAS Un guanaco, un ancestro de los camellos que se encuentra, sobre todo, en las estepas patagónicas **DEBAJO** Dentro de Torres del Paine hay numerosos lagos como Grey, con la formación del glaciar del mismo nombre

El Circuito Paine da la vuelta al macizo y transita por estepas de media montaña que pasan por ríos, lagos y glaciares

solares llegan en un ángulo más bajo y con menos intensidad, lo que produce una luz diferente, llena de contrastes y colores. Al romper el alba veo teñirse de rojo anaranjado estas formaciones graníticas. La imagen me hipnotiza. Al avanzar el día cambiarán su tonalidad y se volverán del color del cielo sin nubes. Por algo Paine, en la lengua de los indígenas *aonikenk*, significa *azul*, porque ése es el color que la luz genera al brillar sobre el hielo de los glaciares que cubren las cimas de la montaña.

PARAÍSO PARA LOS SENDERISTAS

“Un día decidí que no quería seguir trabajando encerrada en una oficina. Necesitaba una vida en contacto con la naturaleza. Y Paine representa esa forma de vida ligada a la naturaleza”, me explica Natalia Reinoso, una expublicista de 31 años que abandonó su Santiago natal para trabajar primero como guardaparque y en la actualidad





El parque goza de un microclima que favorece la presencia de una gran variedad de fauna y flora

En Torres del Paine además de montañas y glaciares hay otros atractivos menos conocidos, como sus espesos bosques de lenga, sus inmensos valles, algunas playas con témpanos y su variada fauna. Los flamencos, ñandúes y cóndores comparten este escenario natural con guanacos –muy abundantes–, zorros, huemules, pumas –difíciles de ver– y liebres



El Salar de Atacama es el depósito salino más grande del país, y cuenta con una de las mayores reservas de litio del planeta

ARRIBA Dos caballistas realizando una excursión de las múltiples que hay en Atacama y que se adentran en paisajes como el valle de Catarpe, la cordillera de la Sal, la cordillera de los Andes y el desierto DEBAJO Detalle de la iglesia de San Pedro de Atacama



oscuros y ramas cubiertas de musgo y líquenes. Tenemos lagos multicromáticos, espectaculares saltos de agua e, incluso, playas con témpanos. Y por supuesto ventisqueros –lo que llamamos glaciares–”, me dice Natalia mientras hacemos un *picnic* para reponer fuerzas en una pequeña playa con pedazos de hielo flotando a la deriva.

Después del almuerzo se desplaza a la orilla y recoge un trozo de hielo. Acto seguido me invita a tomar un *bajativo* (licor digestivo). Recibo encantada la propuesta. Mientras lo bebo pienso en lo insólita que es la situación. Estoy en el otro extremo del mapamundi tomándome un chupito enfriado con un pedacito de glaciar.

El último tramo de nuestra caminata apenas nos lleva una hora para llegar al embarcadero situado al lado del refugio Grey. Allí subimos a un barco que navega por el lago Grey hasta el glaciar del mismo nombre. Los idiomas se mezclan a bordo: inglés, alemán, francés y español, ya que estamos en el inicio de la temporada

alta del parque –va de octubre a marzo, coincidiendo con la primavera y el verano del hemisferio sur–. La embarcación se acerca hasta una de las paredes del glaciar. A tan corta distancia impresiona este ventisquero descolgado del campo de hielo patagónico.

De lejos parecía más pequeño, pero sus paredes son altas, miden unos 40 metros de altura. Una de las cosas que más llama la atención es su intenso color azulado. Como nos explican los guías del barco, ello se debe a que en el hielo más compacto, al incidir un rayo de luz, sólo el componente azul de la radiación solar tiene la suficiente energía para penetrar en el interior de la masa de hielo. Uno de los pasajeros comenta que el glaciar le recuerda a Krypton. Estoy de acuerdo, el espectáculo que tengo ante mí es muy parecido al planeta de hielo donde nació Superman.

PATAGONIA VERDE

Aunque la mayoría de los viajeros llegan atraídos por las formaciones de

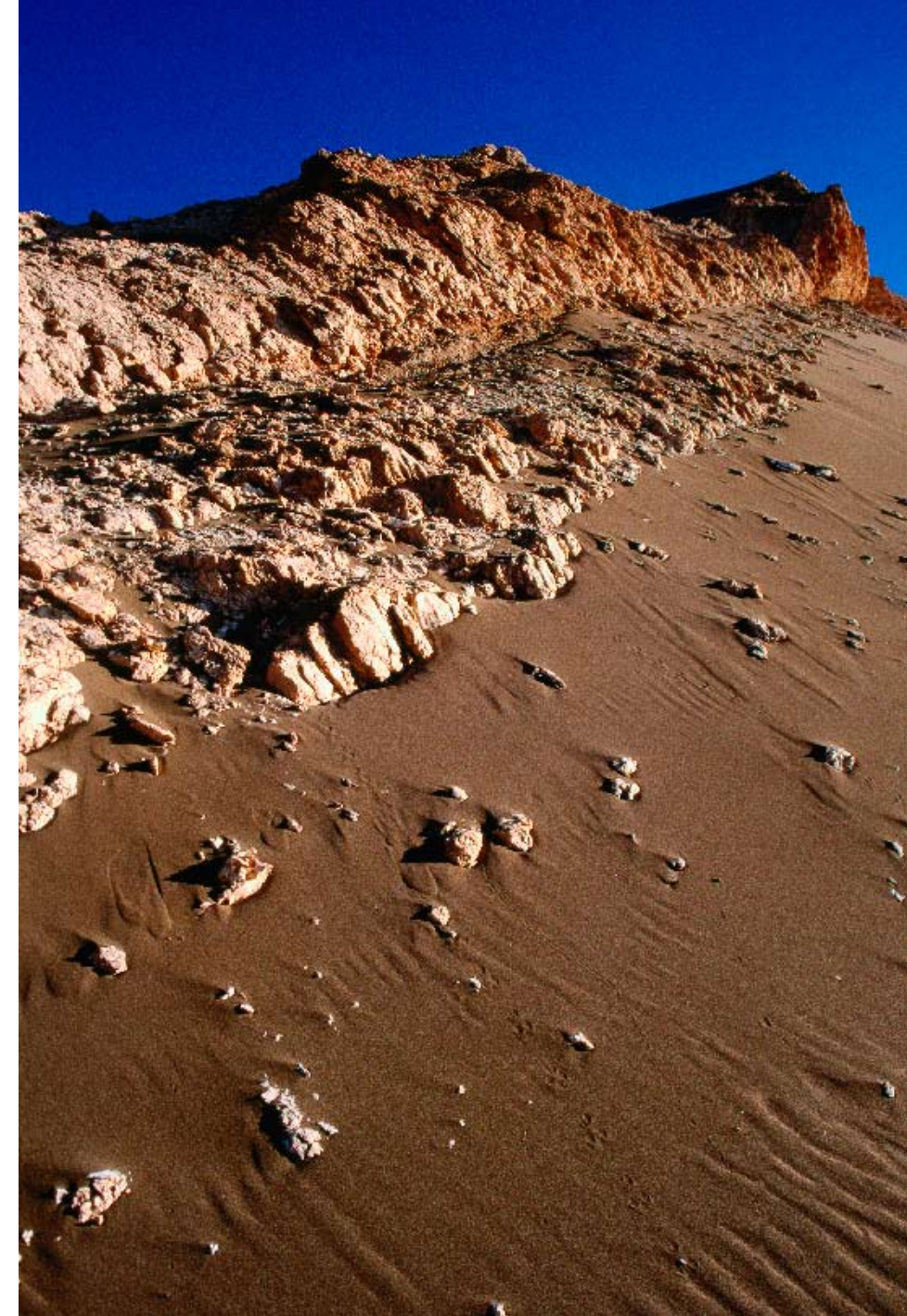
granito y los glaciares, lo cierto es que en su territorio –gracias a un microclima que evita temperaturas extremas en invierno– hay una gran variedad vegetal y animal. Descubro ese rostro del parque gracias a la excursión *Paine exploration*. “Aquí aguiluchos, cisnes de cuello negro, flamencos, ñandúes y cóndores comparten espacio con guanacos, zorros, huanacos, y pumas”, me indica Natalia.

Ver cóndores sobrevolando majestuosos el limpio cielo patagónico, manadas de guanacos pastando libremente, flamencos rosados y un huidizo zorro que vaga por las inmediaciones del hotel colma mis expectativas. Me parece un colofón perfecto a mi experiencia patagónica. Creo, como el escritor W. H. Hudson, que “la Patagonia es el remedio para las enfermedades de la humanidad”. Es más, me atrevería a añadir que si hubiera un mapa espiritual del mundo, sin ninguna duda, este lugar formaría parte de él.

Nada más llegar a territorio atacameño, en el norte de Chile, el paisaje me produce un cierto desasosiego. Me ha pillado desprevenida esta tierra desnuda y reseca. Aún sigo hipnotizada por el santuario natural de la Patagonia. Todavía no sé que en este escenario desértico, además de zonas de arenas eternas, voy a encontrarme cielos transparentes, lagos de sal, volcanes, oasis y géiseres.

A medida que recorro los 160 kilómetros que separan el aeropuerto de Calama del Hotel de Larache de Explora, ubicado cerca del pueblo de San Pedro de Atacama, puerta de entrada a los pueblos del Salar de Atacama, empiezo a vislumbrar que lo que me aguarda va a ser igual de magnético que lo que he dejado atrás. “Será maravilloso descubrirlo”, me digo mentalmente. Entonces escucho que uno de mis compañeros de viaje dice: “Ya siento el efecto *litiox*”. Todos en el coche sonreímos. El salar de Atacama es el depósito salino más grande de Chile y debajo de él se encuentra una de las mayores reservas de litio del mundo. En psiquiatría se utiliza este elemento químico de la tabla periódica como regulador del humor. Abro la ventanilla del coche y realizo varias inspiraciones profundas. ¡Nada mejor para superar la nostalgia patagónica!

“Chile tiene características muy propias que para sacarles partido se requiere de viajeros experimentados



El valle de la Luna forma parte de las estampas clásicas de Atacama. Situado a 15 kilómetros de San Pedro de Atacama, se caracteriza por un paisaje agreste que se asemeja al lunar

con capacidad para discernir un entorno y un ambiente que son únicos”, afirma Pedro Ibáñez, presidente y fundador de Explora. El desierto de Atacama, uno de los más áridos del mundo, es uno de esos lugares únicos.

Hace más de 10.000 años que llegaron las primeras tribus a este territorio localizado a lo largo de la costa norte chilena, entre el océano Pacífico y la cordillera de los Andes. Su descubridor fue el español Diego de Almagro, en el año 1536. Lo mejor para explorar este vasto escenario natural –o al menos una parte de él– es alojarse en

San Pedro de Atacama, considerado como la cuna de la cultura atacameña. Se encuentra situado a 2.500 metros de altitud –entre el Trópico de Capricornio y el de Cáncer–, en medio del desierto de Atacama, lo que lo convierte en el campamento base ideal. Los principales atractivos se encuentran separados por distancias que van desde los 3 hasta los 117 kilómetros, por lo que se hace imprescindible alquilar un coche, aunque casi todos los viajeros contratan *tours* programados por agencias locales o proporcionados por los propios hoteles.



En muy poca distancia se pasa de fotografiar volcanes a pisar extensos salares o darse un baño en las pozas de los géiseres

IZQUIERDA Excursionistas descansando después de recorrer los senderos del desierto y de las cordilleras en bicicleta
DERECHA El Gran Salar de Atacama, de un blanco cegador, ocupa más de 3.000 kilómetros cuadrados y se encuentra ubicado a una altitud de 2.300 metros

que ofrecen todas las excursiones de la zona; tiendas de artesanía, algunas como el taller Cerámica La Mano y Petroglifo, con trabajos de los mejores artesanos de la zona; animados bares y restaurantes como Blanco, Café Adobe y La Estaca, que se dedican principalmente a la gastronomía internacional con escasos tintes locales.

En los alrededores de San Pedro, la naturaleza ha construido un auténtico parque de atracciones para los viajeros. Las sensaciones se multiplican porque el contraste entre los espectáculos que ofrece el altiplano y el desierto de Atacama es enorme. Es muy poca la distancia que nos permite pasar de fotografiar volcanes de extrema perfección como el Licancabur –frontera natural entre Bolivia y Chile– y el Lászar, que se levantan casi a 6.000 metros de altitud sobre el nivel del mar, a pisar extensos salares o darnos un baño en las pozas de los géiseres del Tatio, que se encuentran a 4.000 metros sobre el nivel del mar.

Mi primera toma de contacto con este particular y vasto escenario natural es el valle de la Muerte. Qué mejor entrada para apreciar los puntos más notables de la cordillera de la Sal. “Recibe este nombre por una degeneración fonética del nombre con el cual lo bautizó el sacerdote belga Gustavo Le Paige, que fue quien lo descubrió. Él en realidad quería llamarlo valle de Marte, porque el paisaje le recordaba a este planeta”, explica Pancha, guía del hotel Larache, en el *ayllu* de Larache.

Tanto este valle como el de La Luna son de impresionantes formaciones

Otro consejo que los viajeros deben aprender *al tiro* –expresión utilizada por los chilenos para decir inmediatamente– al llegar a Atacama es la importancia de beber mucha agua o bebidas sin alcohol para evitar *apunarse* (sufrir mal de altura).

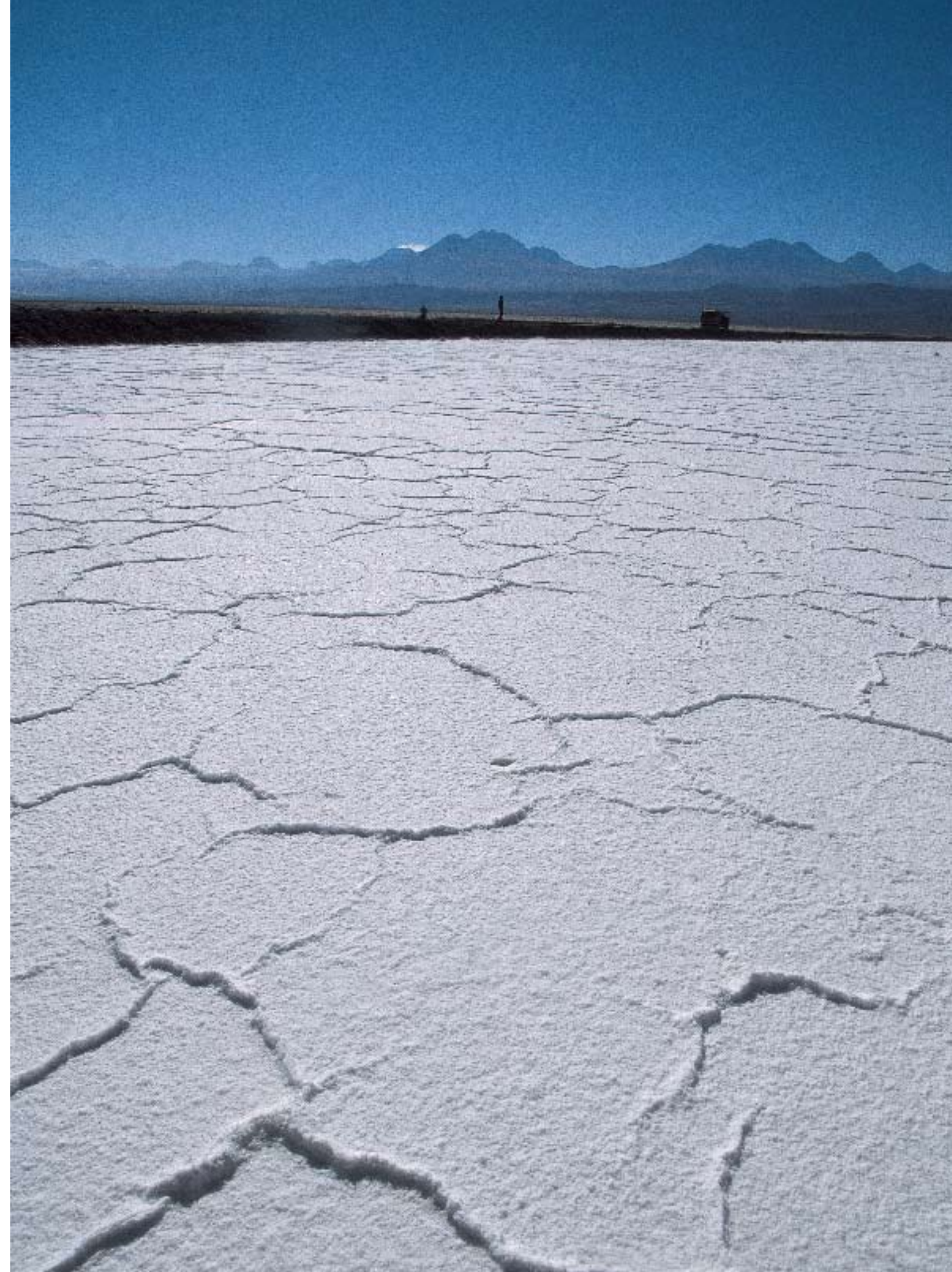
UN OASIS EN EL SALAR

San Pedro de Atacama es un pequeño pueblo de casas de adobe pintadas de blanco con mucho encanto. Su ambiente, en temporada alta, me recordó un poco –salvando las distancias– a la localidad almeriense de Las Negras. Mucho *neo-hippie* y mucha gente joven. De hecho, para muchos chilenos es el pueblito con más *onda* del norte grande. Su *carrete* (fiesta, en chileno) es muy famoso y a altas horas de la madrugada

da se traslada del pueblo a enclaves como el valle de la Luna. Es lo que se conoce como *carretes clandestinos*.

Lo que no es clandestino es visitar el Museo Arqueológico Gustavo Le Paige, considerada la mejor colección arqueológica del país. Imprescindible también pasear por su pintoresca plaza, adornada con inmensos algarrobos, y sus aledaños, haciendo una parada en la iglesia colonial. Tiene paredes de adobe y techo de algarrobo y chañar, atados con tiras de cuero. Recomendable para las compras la feria de artesanía, donde se pueden comprar, por ejemplo, caramelos de coca. Aunque donde más tiempo gasta el viajero es en la arteria principal del pueblo, en la calle Caracoles.

Ahí se encuentra todo lo que el visitante busca: agencias de turismo





geológicas y sedimentos multicolores ocurridos hace cientos de millones de años. Su principal atractivo radica en su similitud con la superficie lunar. Después de una hora y media de caminata llegamos a una gran duna y contemplamos esta especie de coliseo natural de grandes dimensiones y extrema aridez. “Aquí la falta de lluvias es casi absoluta. Hay lugares del desierto donde no existe registro de lluvia, en otros sitios hay precipitaciones ocasionales cada diez o más años, y en San Pedro, por ejemplo, sólo llueve una vez al año”, dice Pancha. Ahora entiendo por qué está considerado el desierto más seco de la Tierra.

VOLCANES ONÍRICOS

Qué mejor ubicación que ésta para que Pancha, quien acaba de contarnos a los excursionistas que es cuñada del ingeniero que estuvo a cargo de la operación de rescate de los 33 mineros chilenos que tuvo en vilo a todo el mundo el año pasado, nos regale una onírica historia sobre el volcán Licancabur, al cual le rinde culto el oasis de San Pedro de Atacama, el volcán Jurique—de forma más chata—y el cerro Kimal, el único que no está en la cordillera de los Andes, sino en la cordillera de Domeyko y que por eso espiritualmente era importante para todos los pueblos del salar, ya que era el que tenían en común.

“Hace muchos, muchos años, la Kimal solía estar al lado del Licancabur—‘volcán del pueblo’, en dialecto atacameño *kunza*—y el Jurique. Un día, el Láscar, que es otro volcán—por lo tanto otra persona—vio que la Kimal estaba coqueteando con Jurique y para castigarlos le cortó la cabeza a Jurique, de ahí le viene su forma chata, y después mandó a la Kimal a vivir al otro lado de la cordillera de los Andes, a la de Domeyko. Desde ese día, al atardecer se puede ver que la Kimal se refleja en alguna parte del altiplano. Esta sombra va cambiando día a día. Y una noche al año se refleja en el Jurique. Por eso se dice que al menos una vez al año están juntos Jurique y Kimal”.

Terminamos de capturar el paisaje con nuestras cámaras e incitados por Pancha comenzamos a descender corriendo y descalzos las dunas. No nos arrepentimos. Desde abajo el mar de dunas parece aún más irreal. Las palabras pierden sentido.

Pero no sólo de arena está hecho este territorio. Hay muchas lagunas altiplánicas que se han convertido por su inigualable belleza en atractivos lugares turísticos. Una de ellas es la laguna Cejar, ubicada en pleno Salar de Atacama, a unos 18 kilómetros de San Pedro. Los viajeros que se atreven a darse un baño en sus turquesas aguas se llevarán una gran sorpresa: no se hundi-

rán. A dos metros de profundidad de la laguna pasa una corriente de agua que posee un nivel de flotación superior al mar Muerto debido a su alta concentración de sal y litio. La sensación es muy relajante, aunque el agua—al menos en octubre—está un poco fresquita, a unos 18 °C. Los que no sean frioleros no deben olvidar unas cangrejas—las piedras y cristales de sal pueden causar cortes en los pies—y, por supuesto, agua dulce para quitarse la sal del cuerpo.

Hay otros rincones en Atacama donde es posible darse un baño, como algunas de las pozas de los géiseres del Tatio. Este impresionante campo geotérmico está ubicado en la cordillera de los Andes, a 4.300 metros sobre el nivel del mar. Está considerado el más alto del mundo y el más grande de Chile y del hemisferio sur. La mejor hora para ver el espectáculo es al amanecer, por eso nuestra excursión comienza a las seis menos cuarto de la mañana.


Nuestro conductor, Nelson, un atacameño que antes trabajaba en una de las numerosas minas de la zona, se encarga de amenizarnos el viaje instruyéndonos sobre aspectos como la gastronomía nortina. En esas dos horas de trayecto descubro que la quinua es un producto originario de estas tierras. Este cereal, utilizado por los incas y los pueblos del altiplano desde hace cientos de años, me es bastante familiar pero desconocía su origen. Tengo constancia de él porque un par de amigas adictas a los herbolarios me han hablado de sus propiedades. Su promedio de proteínas es más del doble que cualquier otro cereal. También aprendo qué es la *Pachamama*—en *kunza*, ‘madre tierra’—y cómo la honran los atacameños. Incluso tengo tiempo de probarme su gorro, hecho de lana de vicuña. La vicuña es un animal de la familia de los camélidos, pero más pequeño, y cuya lana es la más suave y cara del mundo porque abriga mucho.

Nada más llegar a los géiseres entiendo el madrugón. Los chorros de agua hirviendo saltan de la tierra hacia un cielo que comienza a iluminarse con los primeros rayos de sol. La conjunción de la baja temperatura ambiente (inferior a 9 °C) y las altas temperaturas del agua que emana de los cráteres (a unos 86 °C) forman esas torres de vapor que alcanzan hasta 50 metros. En total hay unos 60 géiseres y unas cien fumarolas efervescentes. El escenario es sobrecogedor. Alguno de mis compañeros



El campo geotérmico de los géiseres del Tatio, a 4.300 metros sobre el nivel del mar, es el más alto del mundo y el más grande de Chile

IZQUIERDA El ocre y el azul se mezclan en las lagunas altiplánicas como Miscanti y Miñiques, ubicadas a más de 4.200 metros de altitud **ARRIBA** Viajeros contemplan la actividad de las fumarolas de vapor de los géiseres del Tatio



Hay lugares del desierto en los que no existe registro de lluvia, en San Pedro sólo llueve una vez al año

El valle de la Muerte forma parte del recorrido por la cordillera de la Sal, la cual presenta esculturas naturales admirables. Además se trata de un lugar privilegiado para la práctica del 'sandboarding', gracias a sus espectaculares dunas



En la Reserva Nacional Los Flamencos habitan tres de las cinco especies que hay en el mundo, como el chileno

SOBRE ESTAS LÍNEAS El Hotel de Larache, en Atacama. Cuenta con un observatorio astronómico dotado de un potente telescopio de óptica avanzada, similar al de uno profesional DEBAJO La laguna Cejar, cuya alta concentración de sal permite flotar a los bañistas



de excursión comenta que esa imagen debe ser lo más parecido al infierno. Para mí, sin embargo, tiene mucho de místico, y además es una lección práctica de que el planeta palpita.

Otro de los atractivos de este campo son las pozas termales en las que muchos viajeros se bañan. Al salir del agua la temperatura es extrema, sobre todo durante el amanecer. Al avanzar el día hace más calor, pero la visibilidad de los remolinos de vapor disminuye.

BAÑOS TERMALES

El día se sucede entre aguas. Del Tatio ponemos rumbo a las Termas de Puritama –‘agua caliente’, en *kunza*–. Por el camino contemplamos la cordillera de los Andes y algunos de los principales volcanes. También avistamos vicuñas y llamas. Y a lo lejos, Machuca, un pequeño pueblecito altiplánico. Los baños termales tienen ocho piscinas naturales burbujeantes (a unos 30 °C), procedentes del río Puritama. Sus aguas tienen propiedades curativas para las enfermedades reumáticas.

De las termas destejemos kilómetros para regresar al hotel de Larache a reponer fuerzas con un succulento almuerzo. Elijo *la tabulé* de quinua y una ensalada de *palta* (‘aguacate’) y tomate. Para acompañarlo, una copita de Veranda Oda Carmenere 2008, realizado con una uva que sólo se encuentra en este país del Cono Sur, la *carménère*.

Entre las experiencias que no deben faltar en el equipaje de regreso de todo viajero destaco dos. La primera, ver atardecer en la Reserva Nacional Los Flamencos, donde habitan tres de las cinco especies que hay en el mundo. La segunda, contemplar el firmamento y sus cuerpos celestes. Con 330 noches despejadas al año, Atacama es uno de los mejores observatorios astronómicos del mundo.

“Vuelve, es parte del viaje”, me encuentro en el *Manifiesto del explorador de Explora* cuando lo hojeo camino al aeropuerto para coger el avión que me llevará de regreso a España. Me parece una buena idea y todavía no me he ido.

HAZLO REALIDAD

PATAGONIA Y ATACAMA



Chile ofrece escenarios naturales de ensueño. Nosotros hemos elegido dos: el Parque Nacional Torres del Paine, en la Patagonia austral chilena, y el desierto de Atacama, en el altiplano. Ambos ofrecen al viajero paisajes de sobrecogedora belleza e infinita diversidad



El lujo de lo esencial como experiencia

DEBES SABER

→ Cómo llegar

TAM vuela de Madrid a Santiago de Chile, vía São Paulo (*tam.com.br*). Desde la capital chilena, LAN conecta con los aeropuertos de Punta Arenas, en Patagonia, y Calama, en Atacama (*lan.com*).

📅 Cuándo ir

El Parque Nacional Torres del Paine está abierto todo el año, pero la mejor época para visitarlo es entre octubre y abril –primavera y verano–. Los días son más soleados, hay menos lluvias y más de 16 horas de luz natural. Atacama cuenta con cielos despejados y sol radiante el 90% del año, pero durante los meses de verano –de enero a marzo– hay más gente.

📖 Más información

La guía Lonely Planet *Chile y la isla de Pascua* (27 €) es ideal para sacar el máximo provecho de la visita a Torres del Paine y el desierto de Atacama. Más información en *turismochile.travel*, *torresdelpaine.com* y *sanpedroatacama.com*.

☀️ Climatología

En Patagonia la temperatura en invierno (junio a septiembre) oscila entre los 12 °C y bajo cero; en verano (diciembre a marzo) la temperatura media es de 10 °C. En el desierto de Atacama las temperaturas superan los 20 °C, mientras que por las noches se puede llegar a los 4 °C.

LA FRASE FINAL

“El paisaje desconocido es suficiente justificación para ir hacia él”, **Paul Theroux**, *Retorno a la Patagonia*. “Ahí está el tiempo en arena convertido”, un verso del poema *Desierto de Atacama*, de **Guillermo Quiñonez Alvear**.

2

MANERAS DE HACERLO...

	Torres del Paine	Atacama
VER	Alguno de LOS GLACIA-RES que se encuentran dentro del parque, como el Grey o el Zapata. La vista de los Cuernos del Paine desde el valle del Francés. La fauna del parque, como los cóndores dibujando círculos en el aire y las manadas de guanacos.	ESCENARIOS NATU-RALES como los valles de la Luna y de la Muerte, los géiseres del Tatio y la Reserva Nacional Los Flamencos. Los que quieran saber más sobre la cultura atacameña tienen que ir al museo Padre Le Paige, en San Pedro de Atacama.
DORMIR	Situado dentro del Parque Nacional Torres del Paine, a orillas de la caída de agua Salto Chico, se encuentra el HOTEL SALTO CHICO . Sus 50 habitaciones ofrecen una espectacular vista del macizo y dos de las tres Torres del Paine. No te pierdas la Casa de Baños del Ona, con una piscina climatizada y 4 <i>jacuzzis</i> al aire libre con vistas al lago Pehoé (desde 2.000 € por persona la estancia mínima de 4 noches; incluye traslados, pensión completa y excursiones).	A pocos minutos andando de San Pedro de Atacama está el HOTEL DE LARACHE , que ocupa un terreno ancestral de 17 hectáreas. Cuenta con 50 habitaciones, piscinas, <i>jacuzzis</i> al aire libre y sala de masajes. Además, este establecimiento es el único de Atacama que posee un observatorio astronómico, termas naturales y caballerizas propias (desde 1.450 € por persona la estancia mínima de 3 noches; incluye traslados, pensión completa y excursiones).
QUÉ HACER	Escaladas, rutas de <i>trekking</i> como las que llevan hasta el mirador de Nordenskjöld y la laguna Verde, bicis de montaña, pesca con mosca, safaris fotográficos, NAVEGACIÓN Y KAYAK POR LOS LAGOS y paseos a caballo.	Caminatas por los salares, volcanes y oasis, ascenso de alta montaña a cerros, recorridos en bicicleta de montaña por senderos del desierto y de las cordilleras, OBSERVACIÓN AS-TRONÓMICA y un baño en las termas de Puritama.

EXPLORA Y SIENTE

EXPLORA es otro modo de entender el universo hostelero. No se trata de hoteles donde dormir, pero tampoco es un *tour-operador*. Ofrece viajes con alojamientos base para explorar en profundidad el entorno natural y cultural de tres enclaves privilegiados de Suramérica: el desierto de Atacama, la Patagonia chilena y la isla de Rapa Nui. Lo más llamativo de este modo de viajar es que en él se practica el lujo de lo esencial como experiencia, no como apariencia. Por eso, los hoteles pueden parecer sencillos –las habitaciones no tienen televisión, aunque ningún huésped la va a echar de menos–, pero están llenos de encanto y cuentan con un servicio exquisito y una gastronomía de calidad que reivindica los sabores locales. El auténtico lujo para los viajeros es que desde estos establecimientos se pueden realizar exploraciones –a pie, en bicicleta o a caballo–, para gozar de una vivencia activa que permite descubrir aspectos de la fauna, la flora, la historia y las costumbres de estos tres escenarios naturales. Pero siempre sin alterar el entorno y preservando el medio ambiente. Como curiosidad, es imposible encontrar agua embotellada en los hoteles. En su lugar, jarras de vidrio en las habitaciones y cantimploras de regalo para los huéspedes. Las estancias se organizan en programas a partir de 3 noches e incluyen siempre en el precio el traslado ida y vuelta desde el aeropuerto más cercano, alojamiento, pensión completa y todas las exploraciones que se realicen durante la estancia. Explora también organiza travesías o *viajes nómadas* durante varios días a distintos lugares de Chile, Argentina y Bolivia (*explora.com*).